

Retóricas de la enfermedad en el México porfiriano: el caso modernista*

Ana Laura
Zavala Díaz
CEPE-UNAM

Venero de gozo y sufrimiento, más que un simple organismo biológico el cuerpo humano es una compleja geografía en la que se inscriben las indelebles huellas de la cultura. Si como afirman Jacques Le Goff y Nicolas Truong “[...] la concepción [de éste], su lugar en la sociedad, su presencia en el imaginario y en la realidad, en la vida cotidiana y en los momentos excepcionales, han cambiando en todas las sociedades”,¹ es posible, entonces, asegurar no sólo que toda representación corpórea lleva de manera ineludible la impronta del momento y el espacio en el que surge, sino más aún que el cuerpo en sí mismo es historia: entidad física y simbólica en cuyas líneas se vislumbran las tensiones que atraviesan y definen a los grupos humanos a lo largo del tiempo. Tan manifiesta historicidad no significa que en cada época sólo exista una forma de vivir e imaginar lo corporal; por el contrario, los anales de la humanidad atestiguan la concomitancia de diferentes vivencias somáticas. Sin embargo, esos mismos registros muestran la hegemonía de ciertas miradas sobre el cuerpo, que han dado lugar a prácticas sociales y discursivas, en las cuales, por lo general, impera la visión de mundo de aquellos sectores letrados que detentan el poder político, social y cultural en una comunidad. Entre estos grupos describir y/o plasmar el cuerpo propio o ajeno deviene, así, en una operación crítica, por medio de la que se cuestionan, distorsionan o afirman corporalidades, discursos e, incluso, hábitos dominantes.

De acuerdo con tales presupuestos y a la luz del contexto porfiriano, me propongo en las siguientes páginas reflexionar sobre la reiterada representación del cuerpo mórbido en algunas narraciones escritas por miembros de la segunda generación modernista, para lo cual utili-

* Las siguientes reflexiones forman parte de una investigación más extensa que estoy llevando al cabo, titulada “En cuerpo y alma: ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX”.

¹ Jacques Le Goff y Nicolas Truong, *Historia del cuerpo en la Edad Media*. Trad. de Joseph M. Pinto. Barcelona, Paidós, 2005, p. 12.

- 2 Hacia finales de la década de los setenta, el país comenzó a industrializarse, lo cual paulatinamente generó una tajante división de las diferentes áreas de trabajo, que trajo, a su vez, el conocido proceso de la especialización. Estos cambios del sistema económico afectaron de manera importante el ejercicio escritural. En ese momento, la literatura era considerada una actividad para diletantes, más que una profesión; por ello, los artistas tuvieron que desarrollar estrategias laborales para satisfacer a un mismo tiempo sus ansias creadoras y sus urgencias monetarias. El periodismo fue una de las principales actividades que les permitió cubrir ambas necesidades, como lo demuestra el caso emblemático de Manuel Gutiérrez Nájera. Cfr. Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México, IEL-UNAM, 1998, pp. 40-53, Ediciones Especiales, 9 y Susana Rotker, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana, Casa de Las Américas, 1991, pp. 29-32.
- 3 Joan Ramon Resina, "La enfermedad como signo y como significación", en *Letras de Deusto*, núm. 49. 1991, pp. 131-165; *loc. cit.*, pp. 131-132. Al respecto, Susan Sontag afirma que "la imaginaria patológica sirve (y ha servido) para expresar una preocupación por el orden social, dando por sentado que todos sabemos en qué consiste el estado de salud". S. Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*, Trad. de Mario Muchnik. Barcelona, Muchnik Editores, 1989, p.109.

zaré como casos paradigmáticos un par de relatos de Alberto Leduc y Bernardo Couto Castillo. En ellos, la patología se apodera del universo de los personajes, quienes, débiles e hiperestésicos, desarrollan relaciones conflictivas con otros cuerpos y, a través de éstos, con el mundo que los rodea; allí, la enfermedad germina como tópico, pero también funciona como motor y elemento estructurante de los textos. Mi hipótesis es que en esas ficciones Leduc y Couto, y conjeturo que de igual modo escritores como José Juan Tablada, Amado Nervo, Rubén M. Campos, Ciro B. Ceballos, Jesús Urueta, entre otros, expusieron su malestar ante la conflictiva situación del artista en el mundo modernizado,² a la vez que entablaron un diálogo con otros discursos somáticos epocales, de los cuales se valieron para sustentar sus ideas sobre la literatura y la cultura nacionales.

Como es sabido, la utilización de la imaginaria corporal patológica tiene una larga tradición; desde la Antigüedad algunos pensadores hicieron de ella "[...] un medio cognitivo, aplicándola al entorno sociocultural como metáfora crítica".³ Al igual que en buena parte de Occidente, en México sus manifestaciones se redefinieron a partir del lento y complejo proceso modernizador que experimentó nuestro país a lo largo de los siglos XVII, XVIII y, particularmente, en la segunda mitad del XIX. En esta última centuria, dos factores íntimamente relacionados coadyuvaron al establecimiento de nuevas imágenes y formas de comprender lo corpóreo: por un lado, el adelanto y la divulgación del conocimiento tanto científico como tecnológico producido en el extranjero (léase Europa), cuyos presupuestos y descubrimientos revolucionaron el entorno físico, existencial e ideológico de los habitantes de las urbes, principalmente. En ese sentido, no hay que olvidar que durante el siglo XIX ciertas ramas de las ciencias sociales retomaron presupuestos científicos para apuntalar sus propios sistemas de pensamiento; tal fue el caso de los filósofos positivistas Auguste Comte y Herbert Spencer, cuya obra tuvo una influencia decisiva en los intelectuales y escritores mexicanos de la segunda mitad del siglo. Y, por el otro lado, el proceso de secularización de la vida cotidiana que debilitó entre determinados sectores de la sociedad el predominio de la

mirada religiosa sobre el cuerpo, lo cual posibilitó la preeminencia de otros saberes sobre éste como, por ejemplo, el de la medicina.

Aun cuando la Iglesia y los grupos conservadores no dejaron de tener injerencia en el desarrollo de la sociedad mexicana durante aquel período,⁴ lo cierto es que los discontinuos triunfos del bando liberal propiciaron y favorecieron, al menos en la letra, el desplazamiento del poder eclesiástico de los principales organismos encargados del cuidado y control somáticos. Con la redacción de la Constitución de 1857, donde se proclamó el respeto irrestricto a los derechos del hombre y se erigió como principio supremo la libertad individual,⁵ pero, sobre todo, con la elaboración de las Leyes de Reforma en 1859, se sentaron las bases de tan intrincado relevo institucional.⁶ En teoría, las medidas en ellas contenidas simbolizaban la transmisión a manos civiles de la mayor parte de los establecimientos educativos, de salud, de beneficencia e, incluso, de los cementerios, lo que daba al gobierno la tutela de los cuerpos en formación, enfermos, desvalidos y sin vida. Igualmente, la instauración del registro civil posibilitaba una mejor fiscalización del cuerpo social, al documentar cuántos mexicanos nacían, cuántos se unían en matrimonio, cuántos más fallecían.⁷ La puesta en funcionamiento de tales disposiciones tardó en materializarse y en la mayoría de los casos se hizo de manera parcial e irregular, empero, algunas de aquellas providencias llegaron a cumplirse: en 1861, finalmente, se secularizaron los hospitales y los hospicios,⁸ y seis años más tarde, al restaurarse la República, Juárez decretó la laicidad de la educación, a la vez que la “cientificación” de la enseñanza media y superior de acuerdo con los principios del positivismo.

Tres fueron las máximas cardinales de aquella doctrina que se adoptó, primero, en el entorno educativo y, después, en otras áreas del conocimiento: “la libertad como medio, el orden como base, y el progreso como fin”.⁹ Inspirado en los postulados de distintas ciencias naturales, Comte sostuvo que todos los fenómenos, físicos y morales, podían (y debían) analizarse desde una perspectiva “positiva”, fundamentada esencialmente en la aplicación del método científico. Tal teoría permitiría

- 4 En palabras de Alain Corbin, “el siglo XIX debe percibirse como el momento de un desencanto del mundo. La práctica religiosa decae. [...] Nos limitaremos a subrayar que el desvanecimiento de la hegemonía del catolicismo [...] no fue ni masivo ni lineal. Aunque la práctica religiosa masculina llega a ser muy minoritaria, la Iglesia cuenta con las mujeres para perpetuar su influencia”; de tal suerte que “olvidar el peso del catolicismo sobre las representaciones y los usos del cuerpo sería condenarse a la incompreensión de la cultura somática de este siglo XIX, que también fue el de la mariofanía o aparición de la Virgen”. (Alain Corbin, “El dominio de la religión”, en *Historia del cuerpo. II. De la Revolución Francesa a la Gran Guerra*. Bajo la dirección de A. C., Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello. Trad. Paloma Gómez, María José Hernández y Alicia Martorell. Madrid, Taurus, 2005, pp. 57-86; *loc. cit.*, pp. 57-58).
- 5 Cfr. Daniel Cosío Villegas, *La Constitución de 1857 y sus críticas*. 2ª ed. Intro. de Luis González y González. Pról. de Andrés Lira, México, Clío, FCE, El Colegio Nacional, 2007, pp. 188-192.
- 6 “La primera de las Leyes de Reforma, base y cimiento de las demás, vio la luz el 12 de julio de 1859 en la forma de un decreto presidencial que nacionalizaba los bienes del clero. Siguieron de cerca las reformas anexas: la separación de la Iglesia y el Estado (12 de julio); la exclaustación de monjas y frailes y la extinción de corporaciones eclesiásticas (12 de julio); el registro civil para los actos de nacimiento, matrimonio y defunción (23 de julio); la secularización de los cementerios (31

de julio) y de las fiestas públicas (11 de agosto) [...]” Ralph Roeder, *Juárez y su México*. 2a. ed. México, FCE, 1993, (Sección de Obras de Historia) p. 311.

- 7 Cfr. Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas de la Reforma Liberal del siglo XIX*. 2a. ed. México, Debate, 2006, p. 60.
- 8 Cfr. Martha Lilia Mancilla Villa, *Locura y mujer durante el Porfiriato*. México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001, p. 92.
- 9 Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 1943, p. 70.
- 10 Según Charles Hale, “el pensamiento de Comte se prestó más directamente en México (y en toda Latinoamérica) a reorganizar la educación superior, a introducir un sistema universal que permitiera aplicar el método científico al estudio de los fenómenos. Spencer estaba menos interesado en el método y más en demostrar, por ejemplo, la ley de la evolución” Charles A. Hale, *La transformación del Liberalismo en México a fines del siglo XIX*. Trad. de Purificación Jiménez. México, FCE, 2002, p. 33, Sección de Obras de Historia. En cuanto a la recepción de estos dos pensadores, el historiador revela que la obra del primero “fue interpretada en México al menos diez años antes que la de Spencer. [...] El primer ensayo conteano en México, *De la educación moral*, de Barrada, apareció en 1863, mientras que son los años 1874-1875 los que probablemente señalan la entrada de las ideas de Spencer a la vida intelectual mexicana”. *Ibid.*, pp. 321-322.

descubrir y explicar el comportamiento individual y colectivo a partir de leyes generales que, una vez establecidas, se utilizarían en beneficio de todos los grupos humanos. La introducción y difusión de dichas ideas, así como de las de Spencer,¹⁰ en el ámbito mexicano revolucionaron la forma en que los miembros de nuestras clases letradas se aproximaron a la realidad del país. En particular, su utilización de nociones provenientes de la química, la biología y la medicina en el abordaje de cuestiones sociales favoreció la “corporalización” de las prácticas discursivas de la época, lo que redundó en el insistente empleo de la imaginería patológica para referirse a las condiciones existenciales y materiales de la nación; así como, en el encumbramiento del discurso médico para hablar del cuerpo.

En la esfera sociopolítica, un ejemplo representativo del cambio de las retóricas somáticas a la luz positivista lo encontramos en algunos textos de Justo Sierra, personaje emblemático de la era porfiriana. Al calor de una polémica sobre la urgente modificación de la Constitución, en 1878 el autor expuso su visión “biologicista” de la sociedad, partiendo de la propuestas de Spencer; para este último, los pueblos eran organismos complejos en incesante evolución, supeditados, como cualquier ser vivo, a las leyes de la lucha por la existencia, del progreso de lo homogéneo a lo heterogéneo y de la selección natural, cuyo principio rector se resumió en la conocida máxima spenceriana: “la supervivencia de los más aptos”.¹¹

Oscilando entre este discurso “naturalista” y una óptica clínica, Sierra describió a México como un cuerpo carcomido no sólo por la grave afección de las revoluciones, sino también por otros males hereditarios que comprometían seriamente su progreso e, inclusive, su existencia. Según él, la inmensidad del territorio, la carencia de población que lo habitara, la falta de vías de comunicación y la deficiente educación de sus miembros, hacían de la “nación mexicana uno de los organismos sociales más débiles [...] de los que [vivían] dentro de la órbita de la civilización”.¹² En la era de los remedios ferruginosos, Sierra no dudó en prescribir a ese cuerpo “sin energía”, apático y anémico, como describió a la sociedad mexicana, “grandes cantidades de hierro ministrado en forma

de ferrocarriles y grandes dosis de sangre fuerte, ministrada en forma de inmigración"; así como, en otro nivel, el robustecimiento del Estado-cerebro encargado de controlar las funciones primarias y secundarias de aquel "superorganismo".¹³

Si bien dicha tríada medicinal resultaba indispensable para lograr el avance de la República, el futuro historiador era consciente de que ésta sólo serviría de primeros auxilios para un ser aquejado de dolencias añejas y hondamente arraigadas; por ello, recomendó la implantación de un riguroso "régimen higiénico": un plan de largo aliento proyectado y puesto en marcha por el gobierno, cuyo objeto sería conservar la salud y prevenir las enfermedades del cuerpo social.¹⁴ En tono pesimista, alentó la apremiante puesta en marcha de tan ambicioso plan, pero de antemano vaticinó que:

No llegaremos con todo y esto a ser un pueblo de primer orden: nuestro clima, la falta de presión del aire en las alturas habitadas por una buena parte de la nación mexicana, nos marcarán siempre con un sello de indigencia vital, pero podemos combatir y dominar hasta cierto punto estas influencias, para conquistar modestamente una parte sólida de pan y otra de libertad, que es, en resumen, la vida vista bajo sus dos fases de materia y de espíritu.

Pero las sociedades lentísimamente se transforman y los gobiernos siguen de un modo más o menos inconciso esta transformación. Es el gobierno algo como un cerebro: a él se transmiten todas las aspiraciones, todos los sentimientos, todas las corrientes sociales, y él convierte en movimiento estas sensaciones y reobra sobre el organismo social: por consiguiente pueden los gobernantes influir con su átomo de esfuerzo en la transformación de un pueblo, y por esto es bueno condenarlos cuando son incapaces de hacer el bien y castigarlos cuando han hecho el mal.¹⁵

Como puede observarse, en su discurso Sierra tiende puentes de significación entre términos de diferentes campos semánticos: lo normal, lo saludable, lo moral, pero también la evolución, el progreso y lo positivo integran una cadena de nociones que, por naturaleza, se oponen a lo anormal, lo enfermo, lo amoral, a la revolución, al atraso, a lo metafísico; oposiciones binarias que, aventuro, se hallan presentes en buena parte de las narrativas dominantes finiseculares. De igual forma, en

¹¹ *Ibid.*, pp. 333, 339.

¹² Justo Sierra, "El programa de *La Libertad*", en *La Libertad*, 3 de septiembre, 1879, recogido con el título "Positivismo político", en *Obras completas IV. Periodismo político*, edición ordenada y anotada por Agustín Yáñez, 3a. ed., México, UNAM, 1984, pp. 238-240; *loc. cit.*, p. 239. (Nueva Biblioteca Mexicana, 52)

¹³ *Cfr.* Justo Sierra, "El programa de *La Libertad*", en *La Libertad*, 4 de febrero, 1879, recogido con el título "La cuestión política", en J. Sierra, *op. cit.*, pp. 211-212; *loc. cit.*, p. 212. *Vid.* "El programa de *La Libertad*", en *La Libertad*, 3 de septiembre, 1879, recogido con el título "Positivismo político", en J. Sierra, *op. cit.*, pp. 238-240.

¹⁴ *Cfr.* Justo Sierra, "Mi programa", en *La Libertad*, 14 de octubre, 1879, en J. Sierra *ibid.*, pp. 247-250; *loc. cit.*, p. 248.

¹⁵ J. Sierra, "El programa de *La Libertad*" núm. 3, p. 212.

¹⁶ Vid. J. Sierra, "Contestación a la carta del doctor Pelenón", en *La Libertad*, 12 de octubre, 1878, recogido en J. Sierra, *op. cit.*, pp. 358-361; *loc. cit.*, pp. 358-359. Sobre la convergencia de la medicina y la criminología en la época, véase Elisa Speckman, "El cruce de dos ciencias: conocimientos médicos al servicio de la criminología (1882-1901)", en Laura Cházaro (edit.), *Medicina, ciencia y sociedad en México, siglo XIX*. Morelia, El Colegio de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, pp. 211-230. Al respecto, cabe recordar que hasta la segunda mitad del XIX la medicina era sólo "una semiciencia, capaz de predecir y aliviar los síntomas, pero incapaz de dominar las enfermedades por medio de su prevención o su curación eficaz". John D. Bernal, *La ciencia en la historia*. 2a. ed. en español. México, Nueva Imagen, UNAM, 2001, p. 625. Antes de los trabajos de Pasteur y otros científicos, la medicina "había existido —tanto en forma de misterio como de profesión— desde el comienzo de la civilización. Pero, a pesar de todos los avances que se hicieron en el conocimiento de la anatomía y de la fisiología— en la Antigüedad y en la Época Moderna—, los médicos apenas si podían hacer algo más que aliviar el dolor y mitigar la ansiedad de los pacientes, y pronosticar con mayor o menor exactitud el curso de la enfermedad". Albert S. Lyons y R. Joseph Petrucci, *Historia de la medicina*. Trad. de María José Bagiera, José Luis Barona y José Luis Fesquet. Madrid, Harcourt, Larhucci Editores, 1994, p. 542. La práctica cotidiana, el contacto con los pacientes, permitió a los galenos documentar y hasta paliar determinados padecimientos; enpero, fue el

sus textos establece una clara jerarquización de los saberes para abordar las cuestiones relacionadas con el cuerpo social e individual, en la que la biología y, en especial, la medicina ocupan un lugar sobresaliente, muy por encima de disciplinas que antes gozaban de gran prestigio como la jurisprudencia; ésta, aun cuando no sería desplazada del todo, tendría que echar mano de los conocimientos de esos ramos para dar respuesta a afectaciones comunitarias como el crimen.¹⁶

El entrecruzamiento de los discursos sociológico y clínico que se vislumbra en los escritos de Sierra cobró mayor relevancia entre la población letrada de nuestras urbes a partir de la década de los ochenta; esto, gracias a la difusión que los facultativos hicieron de los beneficios del progreso ordenado y saludable de la Patria. La consolidación y profesionalización del gremio médico, así como su intervención activa en importantes obras públicas como las del desagüe del Valle y de la ciudad de México, o en la modernización de los hospitales y centros penitenciarios, a la vez que en la escritura del primer Código Sanitario de la República, nos hablan del protagonismo social y político de este grupo en la escena mexicana decimonónica.¹⁷ No obstante que gran parte de la población no contaba con los recursos económicos para acudir a un profesional de la salud, los nexos de esta comunidad con las esferas gubernamentales pronto ampliaron su campo de acción: su mirada pasó del espacio íntimo del cuerpo y de los aposentos del enfermo adinerado, al amplio y abierto "organismo" de la ciudad modernizada. Higienizar todos sus rincones —calles, centros laborales, casas, cuerpos ciudadanos— se convirtió en una necesidad, pero también en un reto y en una obsesión de la administración porfiriana, que vio en ello una forma de reflejar fehacientemente los "beneficios" del régimen de "paz, orden y progreso".¹⁸ De tal suerte que, como en otras latitudes, pocas disciplinas fueron más efectivas que la medicina para respaldar la ideología del Estado, a partir de la vigilancia y el control del cuerpo individual y colectivo, como afirmara Michel Foucault.¹⁹

En un ámbito letrado que se "medicalizaba", los escritores de la segunda generación modernista retomaron y actualizaron algunos elementos de la imaginación patoló-

gica romántica —en la que se hiciera una gran apología de los males, en particular de aquellos localizados en la parte alta del cuerpo—,²⁰ para dialogar con el discurso positivista y clínico, cuyos presupuestos se emplearon incluso para juzgar sus posturas estéticas y sus creaciones. Recuérdese la buena recepción que, por ejemplo, tuvieron en México los trabajos de Max Nordau. Al analizar las manifestaciones del llamado mal de fin de siglo, según los principios del método científico, el autor diagnosticó en algunos artistas una grave disfunción del sistema nervioso; según él, esos escritores eran seres “patológicos y degenerados” que debían “entregarse sin miramientos a los alienista”,²¹ ya que su clara tendencia al sectarismo y su afán de originalidad hacían peligrar el desarrollo “natural”, “sano”, del organismo social. Asimismo, a pesar de su reducido número y de estar condenados a desaparecer por la ley de la sobrevivencia del más apto, estos individuos dedicados a la creación eran peligrosos porque diseminaban en cada una de sus obras el virus del pesimismo que podía enfermar a la grey; de ahí la imperiosa necesidad de condenarlos al aislamiento. Los conceptos norduadianos tuvieron tan buena acogida entre nuestros críticos y escritores, porque un parte de ellos ya estaban en el ambiente desde finales de la década de los ochenta, como lo demuestran las afirmaciones que hizo Manuel Gutiérrez Nájera a propósito de la obra de un, hoy desconocido, autor galo; para él:

Rollinat es un enfermo, como Juan Richepin, como Catulle Mendès, que padece de priapismo, y la poesía de Rollinat no sólo presenta una personalidad, sino un caso patológico. ¿La desterrará usted del arte porque no expresa, ya no digo los grandes ideales y las grandes necesidades de la humanidad, pero ni siquiera lo que sentimos comúnmente los hombres sanos? No, sin duda, porque es bella. Ese enfermo no soy yo, no es usted, pero a usted y a mí nos interesa.²²

En la misma tónica se desarrollaron las polémicas sobre el decadentismo mexicano, desatadas en 1893 por la publicación del poema “Misa negra” de José Juan Tablada;²³ en ellas la imagería patológica aparece, pero aún no con ese sesgo de cientificismo médico que adquirieron las críticas al decadentismo-modernismo después

trabajo conjunto con otras ciencias naturales lo que ayudó a responder, por medio de la aplicación del método científico, las interrogantes que se desprendían del ejercicio profesional diario.

- 17 Cfr. Claudia Agostoni, “El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas”, en C. A. y Elisa Speckman, eds., *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, IH-UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 97-111; *loc. cit.*, pp. 98-99. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 37).
- 18 Sin duda, como ha demostrado Claudia Agostoni, uno de los problemas más acuciantes de la Capital fue la falta de higiene en que vivía la población, la cual, se creía, era caldo de cultivo para las enfermedades; empero, como también ha señalado la autora, la planeación de importantes obras públicas, como el drenaje de la ciudad, fueron vistas como símbolos de buen gobierno; es decir, como una demostración del poder porfiriano, interesado en evidenciar que México estaba en el camino de la tan anhelada modernización. Cfr. C. Agostoni, *Monuments of progress: modernization and public health in Mexico City, 1876-1910*, Calgary, University Press of Colorado, IH-UNAM, 2003, p. XII.
- 19 Cfr. Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Trad. de Francisca Perujo, 2da. ed. México, Siglo XXI Editores, 2004, p. 63.
- 20 Cfr. S. Sontag, *op. cit.*, pp. 31-32.
- 21 Gustavo Jiménez Aguirre, *La discusión sobre el modernismo (1893-1903)*, México, 1995. Tesis, UNAM, Facultad Filosofía y Letras, p. 71. Sobre esta cuestión puede verse también, George L. Mosse, “Max Nordau and his

degeneration", en Max Nordau, *Degeneration*. Trad. from the second edition, London, University of Nebraska Press, 1993, pp. XIII-XXXVII.

- ²² Manuel Gutiérrez Nájera, "Tristísima nox". Carta a Manuel Puga y Acal" (1888), en *Obras I. Crítica Literaria. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*, Inves. y Recop. de Erwin K. Mapes, ed. y notas de Ernesto Mejía Sánchez, introd. de Porfirio Martínez Peñalosa, índices de Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara, 2a. ed. aumentada. IEL / CEL-UNAM, 1995, pp. 315-328; *loc. cit.*, pp. 324-325 (Nueva Biblioteca Mexicana, 4)

- ²³ El 8 de enero de 1893 aparecieron en el periódico *El País* los mencionados versos, que a la postre le hicieron perder su puesto de jefe de la sección literaria del rotativo. Para él, la publicación de "Misa negra" generó críticas tan encendidas por razones más políticas que literarias. El artificio de tal escándalo fue el importante político Rosendo Pineda, quien se dedicó a perseguirlo de manera sistemática, debido a la publicación de un artículo en el que Tablada indirectamente criticaba el gobierno de Díaz. Cuando apareció dicho poema, Pineda se lo llevó de inmediato a la "devota" Carmelita Romero Rubio, que montó en cólera debido a que la composición atentaba contra sus sentimientos católicos. Desde ese momento, Tablada ingresó a la "lista negra" del régimen porfiriano, como tantos otros periodistas de oposición [J. J. Tablada, *La feria de la vida*. México, CONACULTA, 1991, pp. 298-303, *Lecturas Mexicanas*, Tercera Serie, 22].

- ²⁴ Sobre estas polémicas véase Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*, México, UNAM, 2002, 364 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137)

de la llegada a nuestras tierras de los escritos de Nordau en el último decenio del siglo.²⁴ Paradójicamente, la primera publicación asociada a este revolucionario movimiento estético fue una de sus principales voceras: la *Revista Azul*, fundada por Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, incluyó en sus páginas diversos comentarios sobre y del galeno húngaro.²⁵

Al igual que en la crítica y el debate literario, la presencia de nociones médicas en una parcela de la narrativa modernista se aprecia no sólo en la utilización de vocablos y conceptos provenientes de la fisiología y del alienismo, sino también en el uso crítico de las diferentes teorías sobre la enfermedad que imperaban en el momento. Una muestra ilustrativa de esto último la encontramos en el cuento "Nuestra señora la Muerte", de Leduc; allí se narra la historia de un hombre que, hastiado de la convulsa vida moderna, emigra al campo con su amada, quien, al final, muere víctima de un mal incurable. Al describir el padecimiento del personaje femenino, el narrador alude a "los males impalpables que, junto con las miasmas pestilentes y la transparente atmósfera, se cierne sobre nuestras admirables y espléndidas ciudades modernas";²⁶ es decir, refiere a la teoría ambientalista, que prevaleció en México buena parte del siglo XIX, según la cual los efluvios malignos que se despendían de los cuerpos enfermos, de las materias corruptas y de las aguas estancadas eran el germen de múltiples afecciones.²⁷

Aunque para la fecha en la que se publicó el texto de Leduc ya eran conocidos los estudios de Pasteur y de Koch sobre los microbios como agentes patógenos, éstos tardaron varios años en ser aceptados por la comunidad científica mexicana, de ahí que durante algún tiempo convivieran y hasta reforzaran, erróneamente, las hipótesis miasmáticas.²⁸ Esta coexistencia de diversas ideas sobre el origen de las afecciones se reafirma en el mismo cuento, cuando el personaje masculino enuncia su propio padecimiento: una especie de mal psicossomático, mezcla de una profunda alteración nerviosa y de una intensa sensación de hastío, fruto del desgaste físico por el trabajo incesante, de la lucha cotidiana por la existencia. Así, aun cuando las dolencias de ambas figuras revelan una sintomatología y una etiología distintas, las cau-

sas que detonan el mal emanan de una misma fuente: la vida moderna que cobra casi todas sus víctimas en las insalubres e industrializadas metrópolis contemporáneas.

El tema del desgaste provocado por las exigencias de la vida moderna apareció de manera reiterada en otros textos del mismo autor; en “Cuentos nocturnos. Un asesinato”, por ejemplo, se expone el caso de un estudiante de medicina que enloquece por los incesantes ladridos de un perro, al que termina por asesinar. Descrito como un hipersensible científico-bohemio, el personaje sufre de una visible alteración de los nervios, provocada por el abuso del café, pero, sobre todo, por el constante gasto de energía física y mental. Simbólicamente, en esta narración son el difícil aprendizaje de los rudimentos de la ciencia médica y la falta de recursos económicos, los factores que minan el organismo del aspirante a galeno.²⁹

Como los personajes de Leduc, otros protagonistas modernistas sufrirán las consecuencias de desórdenes principalmente nerviosos y mentales que, por su naturaleza “caótica” y ambigua, socavaban certezas impuestas por la mirada científicista sobre el cuerpo, la sociedad y, en última instancia, la realidad. De procedencia incierta, dichos padecimientos eran un problema a resolver para los propios galenos, quienes muchas veces no sabían cómo diagnosticarlos ni mucho menos tratarlos, ya que sus síntomas podían atribuirse o asociarse a diferentes dolencias físicas. A pesar de los avances de los estudios anatómicos y neurológicos, múltiples fueron las presunciones acerca del origen de esas enfermedades, que, para muchos, eran el resultado de las presiones a las cuales estaba sometido el hombre moderno: perturbaciones “psicosomáticas” que se cernían sobre los organismos sensibles y poco aptos para la lucha por la existencia. En nuestras tierras, la discusión fue más allá cuando algunos conservadores espiritualistas se empeñaron en demostrar “científicamente”, por medio de la frenología, que en el cerebro residía el alma; bajo esa perspectiva, contra la cual se pronunciaron científicos liberales, toda aquella dolencia vinculada con su funcionamiento era susceptible de ser vista y atendida como un problema más “ánimico” que físico.³⁰

En un ambiente donde las patologías sociales e indi-

25 Al respecto, *vid.* Carlos Díaz Dufco, “Degenerescencia”, en *Revista Azul* t. I, núm. 6, 10 de junio de 1894, pp. 83-85; y M. Nordau, “El arte y la moral”, en *Revista Azul* t. I, núm. 26, 28 de julio de 1894, pp. 408-409.

26 Alberto Leduc, “Nuestra señora la Muerte”, en *El Universal* t. IX, núm. 106, 7 de mayo de 1893, p. 1.

27 C. Agostoni, *op. cit.*, p. XIV.

28 Una prueba de lo expuesto es la polémica que se desató en 1890 en los diarios capitalinos, a propósito de los trabajos de Koch sobre la tuberculosis. Tras anunciarse el descubrimiento de una posible cura de dicha enfermedad, en las publicaciones periódicas se dieron a la luz artículos donde se ponía en duda la veracidad de los estudios del científico alemán (*vid.* Sin firma, “La curación de la tuberculosis. El doctor Roberto Koch. El líquido milagroso”, en *El Universal* t. V, núm. 184, 29 de noviembre de 1890, p. 1).

29 *Cfr.* Alberto Leduc, “Cuentos nocturnos. Un asesinato”, en *El Universal* t. IX, núm. 83, 9 de abril de 1893, p. 2.

30 *Cfr.* Sergio López Ramos, *Prensa, cuerpo y salud en el siglo XIX (1840-1900)*. México, Centro de Estudios y Atención Psicológica, 2000, pp. 215-222.

- ³¹ Cfr. Gabriela Nouzeilles, "Narrar el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad", en *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, núm. 9, 1997, pp. 149-176; *ib. cit.*, pp. 150-151.
- ³² Narrado casi siempre en tercera persona por una voz autorizada, el género clínico suele organizarse según el siguiente itinerario textual: identificación del paciente; búsqueda de las causas de la enfermedad; elaboración de un diagnóstico y reseña del estado en que se encuentra el mal, y, finalmente, planteamiento de un posible tratamiento. (Cfr. Graciela Nélica Salto, "El caso clínico: narración, moral y enfermedad", en *Filología*, t. 24, núms. 1-2. 1989, pp. 259-274).
- ³³ Bernardo Couto Castillo, "Cuentos criminales. Blanco y rojo", en *El Mundo Ilustrado*, t. I, núm. 12 (21 de marzo de 1897), p. 186; poco después, con ligeras variantes, el texto pasó a formar parte del libro *Asfódelo* (Eduardo Dublán, México 1897, 210 pp.).
- ³⁴ Valdría la pena decir que hacia 1901, quizás a la luz de la prematura muerte de Couto, víctima de los exesos etílicos, escritores como Rubén M. Campos empezaron a proponer en sus narraciones la necesidad de encontrar una cura, por lo general social, para esa enfermedad de fin de siglo de aquejaba a los personajes modernistas. En este sentido, léase su "Cuento bohemio", en el que el aura estética y refinada de los padecimientos ha desaparecido y sólo queda una visión negativa de ellos (*Revista Moderna*, año IV, núm. 17, 1a. quincena de septiembre de 1901, pp. 266-268).
- ³⁵ B. Couto Castillo, *op. cit.*, p. 186.

viduales devinieron en preocupaciones constantes, los autores modernistas construyeron sus narraciones desde y en la lógica del cuerpo mórbido, contraviniendo de ese modo el discurso clínico que tendía a acallar la voz del paciente para imponer su lectura "razonada", "autorizada", de los malestares. En el discurso literario es el propio paciente quien se explora y determina el carácter de su enfermedad, excluyendo del texto la voz que representa la conciencia médica, es decir, la palabra hegemónica según la cual se estipula qué es lo sano y lo normal.³¹ Con ello, los protagonistas o narradores de tales ficciones invierten la jerarquía estructural del "caso clínico" y dibujan desde el horizonte patógeno tanto sus "humores" como el mundo que los rodea.³²

Un ejemplo de lo precedente lo hallamos en el relato "Blanco y rojo", de Couto Castillo, donde Alfonso Castro, un joven encarcelado por asesinar a sangre fría a su amante, escribe una especie de *dossier* en el que examina su comportamiento criminal. De antemano, el personaje invalida las explicaciones y lecturas que las instituciones tanto legales como médicas pretenden imponer de un acto, para él puramente estético. Sometido a las reglas de su propio escrutinio, Castro llega al extremo de autodiagnosticarse, cuando asevera que: "¡Un loco, evidentemente no lo soy!, pienso, discuro, y obro como el común de los mortales, mejor muchas veces. Soy un enfermo, no lo niego, un enfermo, sí, pero un enfermo de refinamientos, un sediento de sensaciones nuevas".³³ Quien sufre el padecimiento es, pues, el único que puede descubrir, en las profundidades de la conciencia corporal, el germen del padecimiento que lo aflige, el cual sublimará a través de la escritura y de la búsqueda de la belleza.³⁴ Al calor del juicio que se le sigue por el homicidio cometido, Castro formula como únicas vías de conocimiento la autorreflexión y el autodes-membramiento:

Ahora bien, lo que ni jueces ni abogados han comprendido, lo que en la profunda ignorancia del ser humano y sus aberraciones no han acertado a penetrar y atribuyen a un exceso de perversidad, decretando mi fin como el de un animal dañino, eso quiero dilucidarlo yo, explicármelo, ver las causas que a ello contribuyeron [...].³⁵

Doctor y paciente a la vez, el personaje narra los síntomas y el avance de su afección, documentando cada uno de los inútiles “tratamientos” (estéticos y espirituales) a las cuales voluntariamente se “sometió”. Enfermo perenne, su testimonio brota sólo en el espacio y el tiempo intermedios de la convalecencia, pues es en él “donde puede experimentar el placer y la tortura en los que se fundarían el saber y el arte. Como médico perverso, basa sus experiencias en el estudio clínico-quirúrgico de su propia morbosidad, y en la práctica de la automedicación con la cual fabrica, artificialmente, el estado de convalecencia [y de conocimiento] constante[s]”.³⁶

En otras composiciones es la figura intermedia de un observador la que traza con prodigalidad la raíz y evolución del malestar del protagonista; éste logra leer y recrear los síntomas de la patología ajena, en la medida en que se reconoce en su objeto de análisis. En el cuento “Perfiles del alma. Un cerebral”, de Leduc, el narrador se autodefine como un “doctor en experimentaciones amorosas”;³⁷ desde esa perspectiva seudomédica elabora el expediente de Daniel, un muchacho hipersensible, enfermo de desconsuelo que, tras sufrir una imaginaria decepción amorosa, opta por suicidarse. A pesar de la distancia crítica y de la superioridad que supone la asunción de la mirada clínica, antes de reconstruir la historia del infortunado personaje, el narrador confiesa su propia condición enfermiza, la cual le permitirá documentar y examinar las manifestaciones y el desenlace final del padecimiento nervioso de Daniel.

Ahora bien, en los relatos arriba citados, se privilegia la reconstrucción de la etiología del mal, en detrimento, muchas veces, del desarrollo coherente y lógico de la acción narrativa. Al detenerse en los orígenes patológicos, los autores realizan un ejercicio selectivo del discurso médico, pues, si bien refieren cierta propensión innata de los personajes a la enfermedad, en ningún momento ésta se fundamenta explícitamente en el factor hereditario, como sí sucede en las ficciones somáticas naturalistas. Por el contrario, los padecimientos modernos no tienen una procedencia específica; la hiperestesia de los protagonistas no parece guardar ninguna relación con el estado ni las acciones

³⁶ G. Nouzeilles, *op. cit.*, p. 158.

³⁷ Quien enuncia el discurso enfatiza la importancia de este distanciamiento, cuando, al referir su interés por la “vida sentimental de la Psiquis invisible”, sostiene que: “[...] para estudiarla fríamente es más fácil mirar las llagas extrañas que las propias [...]” (Alberto Leduc, “Perfiles del alma. Un cerebral”, en *El Universal*, 26 de marzo, 1893, p. 4, reproducido con algunas variantes en *Revista Moderna*, año I, núm. 15, la quincena de octubre, 1898, pp. 232-235; cito por esta última edición, *loc. cit.*, p. 232).

³⁸ B. Couto Castillo, *op. cit.*, p. 186.

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ Ciro B. Ceballos, "Cleopatra muerta", en *El Mundo Ilustrado*, t. I, núm. 8 (21 de febrero de 1897), p. 121, y Alberto Leduc, "Verdades eternas", en *Revista Moderna*, año I, núm. 1 (1º de julio de 1898), pp. 12-13; *loc. cit.*, p. 12.

de ninguno de sus ascendientes. Así, en el cuento de Couto Castillo, Alfonso Castro no dudará en cancelar cualquier lectura "biologicista" de su mal: "Cuando se habló de mi locura y mis antepasados desfilaron evocados por la gangosa voz del defensor, yo me levanté para protestar [...]".³⁸ En el caso del personaje de Leduc, no se establece tampoco relación familiar alguna que explique el malestar; la condición no hereditaria de su trastorno se enfatiza al consignarse que Daniel es hijo adoptivo de la devota anciana con la que vive.

Contra el argumento determinista, los narradores o los propios personajes enfermos señalan otras fuentes como modelos y detonantes de sus dolencias. En especial, la literatura y la filosofía "malsanas" o "desconsoladoras" aparecen en estas historias como los catalizadores de las patologías modernistas: Daniel decide acabar con su vida tras el agravamiento de su mal, al entrar en contacto con la obra de Arthur Schopenhauer, Immanuel Kant y Charles Baudelaire; es decir, al leerse en las páginas de aquellos que padecen su misma dolencia. Para Alfonso Castro son las creaciones del autor de *Las flores del mal*, Edgar Allan Poe y Jules Barbey d'Aurevilly las que darán cuerpo a su afección; rememorando sus primera experiencias como lector, confiesa: "Me complacían, sin embargo, los libros extraños, los enfermizos, libros que me turbaban, y que helando mi corazón, marchitando mis sentimientos, halagaban mi imaginación, despertando mis sentidos a goces raras veces naturales".³⁹ En otras narraciones como "Cleopatra muerta", de Ciro B. Ceballos, el primer síntoma del padecimiento del personaje principal, Silvestre, un pintor pesimista y misántropo, es su gusto perverso por los cuadros de Felicien Rops, uno de los principales representantes pictóricos de la decadencia. Por su parte, Alonso K., protagonista del cuento "Verdades eternas", de Leduc, revela sintéticamente la fuente del trastorno que lo invade: "El té y la cocaína; [las] literaturas malsanas y [las] mujeres sexualmente pervertidas, me arrojaron ya al fondo de la [...] histeria".⁴⁰

Los textos modernistas devienen en genuinos mosaicos corporales diseñados con citas y alusiones literarias o artísticas, juego de intertextualidades gracias al cual se crea la genealogía sentimental y somática de los perso-

najes a partir de criterios intelectuales más que de argumentos raciales o hereditarios.⁴¹ En ellos, la construcción del cuerpo enfermo encarna no sólo un ejercicio de crítica y asimilación literarias, sino también un mecanismo para fundar un vínculo significativo con esa tradición en la que intentaron insertarse dichos autores: la de la cultura occidental moderna.

Con todo lo precedente no quiero decir que nuestros artistas tuvieran un conocimiento médico profundo, como tampoco lo poseyeron la mayor parte de los políticos, los críticos literarios ni los lectores. Más bien, sospecho que esos grupos letrados compartieron algunas ideas generales sobre la ciencia y la medicina, difundidas, principalmente, por medio de la educación y de la prensa periódica, especializada o no; medios en suma influyentes donde se fijaron y sancionaron las representaciones y prácticas corporales finiseculares.⁴² Con sólo recorrer las columnas de los diarios se constata la yuxtaposición de estas narraciones sobre el cuerpo enfermo con una importante cantidad de artículos y gacetillas dedicados a comentar los más recientes descubrimientos médicos, así como a tratar cuestiones relativas a la higiene, la salubridad y, por supuesto, las enfermedades contagiosas o degenerativas.⁴³

Dentro de ese marco ideológico común, las figuraciones mórbidas pueden interpretarse como un contradiscurso para disolver las oposiciones de índole moral más que estética con las que se determinaba en el contexto mexicano qué obras y, peor aún, qué autores eran normales, sanos, viriles y nacionalistas, en el sentido de cumplir con las expectativas del discurso científico y desarrollista porfiriano;⁴⁴ fueron, por decirlo en otros términos, una forma de resistencia creativa contra la hegemonía de la retórica y la mirada positivistas. En ese contexto, resultan iluminadoras las palabras que en 1898 dirigió Tablada al crítico y escritor jalisciense Victoriano Salado Álvarez, cuando éste sostuvo taineamente que cualquier manifestación artística era producto del medio; a ello, respondió el poeta modernista asegurando que los creadores producían no en comunión con su entorno, sino más bien en pugna con él; desde esa óptica, la literatura era, entonces, “un resultado de la vida social como reacción”.⁴⁵

41 G. Nouzeilles, *op. cit.*, p. 153.

42 *Cfr.* S. López Ramos, *op. cit.*, p. 169.

43 Al respecto, véase como nuestra paradigmática el artículo firmado por El Doctor X, “Los neurasténicos. ¡Incurables! Agotamiento nervioso y debilidad irritable. Síntomas de la enfermedad. Enfermos imaginarios”, en *El Universal*, t. VI, núm. 115, 20 de mayo de 1891, p. 1.

44 De acuerdo con Vicente Quirarte, los modernistas decadentes, herederos de las ideas baudelerianas, descubrieron en los excesos, pero, sobre todo, en la manipulación de la carne (“pararrayos de fantasmas, templo para la nueva comunión”) una ruta para reconfigurar su realidad, para proponer otras visiones de la misma. (*Cfr.* V. Quirarte, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en Rafael Olea Franco, edit., *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2001, pp. 19-33; *loc. cit.*, p. 25, Serie Literatura Mexicana, VI.)

45 José Juan Tablada, “Los modernistas mexicanos y *monsieur Prudhomme*”, en *El Nacional*. Edición dominical, 16 de enero, 1898, p. 3, recogido en B. Clark de Lara y A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, pp. 231-234; *loc. cit.*, p. 233.

⁴⁶ Cfr. Ivan A. Schulman, "Más allá de la gracia: la modernidad de Manuel Gutiérrez Nájera", en Yolanda Bache Cortés, Alicia Bustos Trejo, Belem Clark de Lara *et al.* (eds.), *Memoria Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la Cultura de su Tiempo*. México, UNAM, 1996, pp. 9-26; *loc. cit.*, pp. 12-13.

Como asegura Ivan A. Schulman, las diferentes expresiones del modernismo reflejan antes que nada un anhelo o búsqueda de la modernidad,⁴⁶ y justo en estas narraciones "malsanas" algunos escritores cuestionaron las premisas discursivas y materiales en las que se pretendía cimentar ese nuevo orden en el país. Contrario al discurso médico que pretendía silenciar la voz de la diferencia, los modernistas encontraron en lo diverso, en lo "anormal", en la corporalidad morbosa un camino de conocimiento estético, a la vez que una senda para proponer diversas posibilidades textuales y corporales de lo nacional. Vértice entre lo público y lo privado, entre lo personal y lo colectivo, el cuerpo representó para ellos y sus contemporáneos el terreno por antonomasia donde librar las batallas sociales y culturales, pero también éticas y estéticas, en el último cuarto del siglo XIX.